

DESAFÍOS DE LA ECOLOGÍA A LAS RELIGIONES

AGENDA LATINOAMERICANA

El hecho que más está cambiando la conciencia de la Humanidad en la actualidad es la «nueva cosmología», las ciencias del cosmos y de la naturaleza. Por primera vez tenemos una visión científica del Universo: su origen, sus dimensiones, su evolución, las galaxias, las estrellas, los planetas, la vida... y resulta ser una visión muy diferente de la que teníamos.

Durante toda la historia de nuestra especie, no hemos disfrutado de esta visión. Las religiones se encargaron de suplir con imaginación y superstición nuestra ignorancia colectiva y nuestros miedos. Los mitos que ellas crearon cumplieron un papel social útil e importante. El problema es que hoy ya no pueden seguir siendo interpretados con una «epistemología mítica», o sea, creyéndolos «descripciones objetivas de la realidad»... Las religiones imaginaron un mundo pequeño, plano, quieto, fijo, creado directamente así como lo vemos, y regido por un *Dios ahí arriba, ahí fuera*, que sería un tipo de razón última de todo.

Este «imaginario religioso», ante la nueva ciencia, salta hecho pedazos. Hoy no se puede ser persona de hoy y seguir participando de aquel imaginario, y ése es el conflicto global de la ecología con las religiones.

El «nuevo relato» que nos presenta la ciencia -y que hoy es, por primera vez, un relato científico, y el mismo a la vez para toda la humanidad-, nos ofrece una **nueva visión del mundo**, desconocida hasta ahora:

- un universo en movimiento total y continuo: nada está quieto, como siempre habíamos pensado;
- en expansión: todo comenzó con una *gran explosión*, y todo sigue expandiéndose, inconteniblemente;
- en evolución y en despliegue: no es un cosmos regido por leyes eternas inmutables, sino una cosmogénesis que se despliega desde dentro;
- con aparición de propiedades emergentes y de auto-organización desde el desorden del caos: un todo que es mayor que las partes y está en cada parte...
- orientado hacia la complejidad, la vida y la conciencia, que florece finalmente en el ser humano, se hace conciencia colectiva, asume reflexivamente el cosmos y se responsabiliza de él;

-ligado holísticamente, en redes de redes... en las que cada partícula está relacionada con todas...

Esta nueva visión nos pone en un mundo muy distinto del que nos enseñaron las religiones, y nos cambia radicalmente en varios aspectos:

• Cambia la imagen de la naturaleza, que:

-No podemos ya imaginarla como mero escenario de la historia humana -lo único realmente importante-...

-No resulta ya aceptable una calificación religiosa negativa (pecaminosa) de la materia y todo lo que con ella se relaciona (carne, instinto, sexo, placer...).

-Ya no podemos aceptar el supuesto mitológico de un «pecado original» que todo lo habría contaminado ancestralmente, sino de una «bendición original»...

-En la cosmovisión actual no es posible aceptar un «segundo piso». Lo que se quería indicar con aquel símbolo no puede estar sino «en este mismo piso». No hay «metafísica» (o por lo menos no necesario ni obligatorio creer en ella, aunque fuera útil imaginarla...).

-Esta vida no puede ser sólo una ilusión pasajera, una «prueba», en función de otra vida, la verdadera y definitiva, la de más allá de la muerte, a la que un Creador nos habría destinado... Las religiones de «salvación eterna» necesitan con urgencia dar nuevamente razón de sí mismas en el contexto mental actual.

• Cambia la imagen del ser humano:

-No venimos de arriba, ni de afuera, sino de dentro, y de abajo, de la Tierra, del Cosmos; somos el resultado actual, la flor de la evolución cósmica...

-No es verdad que seamos superiores, diferentes y ajenos al resto de la Naturaleza, únicos con mente y espíritu procedentes directamente de Dios...

-No somos los «dueños de la creación», somos una especie más, la única capaz de asumir responsabilidad.

-No podemos vivir separados de la Naturaleza, como sobre-naturales, artificialmente desnaturalizados.

-No somos «sobre-naturales», sino muy naturales, o naturales hasta donde quizá otros seres no han llegado. Somos Naturaleza, Tierra que siente, que piensa y ama, materia que en nosotros llega a la reflexión...

• Cambia la imagen de Dios:

-Una visión tan precaria de la naturaleza y del cosmos como la que ha tenido la Humanidad, no podía dar de sí sino una imagen insuficiente de Dios.

-La visión actual de la realidad no nos permite ya imaginar a un *Dios ahí fuera, ahí encima*, en ese «segundo piso superior» del que dependería el nuestro. Hoy vemos que no tiene sentido hablar de ni pensar en un «fuera» o un «encima» del cosmos.

-La idea de un Dios separado de la creación, o trascendente, es uno de nuestros principales problemas.

-No tiene sentido un dios antropomórfico como nosotros: «persona» que piensa, decide, ama y se expresa como nosotros... Dios, *theos* o *Zeus* del Olimpo.

-Y pensar que es «Señor», Dueño, Juez premiador y castigador es hoy claramente un antropomorfismo.

-De existir «la Divinidad» (dimensión real) sólo se la podrá encontrar en la única realidad cósmica...

Volverse al cosmos y a la naturaleza

Dijo Santo Tomas que un error acerca de la Naturaleza redundaba en un error acerca de Dios... Los errores que hemos sufrido sobre la naturaleza, y sobre todo, la ignorancia al respecto, han sido máximos, por lo que es de suponer que la imagen de Dios y de lo religioso que de ese marco ha surgido, conlleve grandes deficiencias que hoy estaríamos en capacidad de subsanar.

Parece claro que las religiones han vivido de espaldas a la naturaleza, sobre todo porque han concentrado toda su atención en una pequeña «historia sagrada» iniciada hace sólo 3000 años, y que es la única «revelación» que han tenido en cuenta.

La explosión científica de los últimos tiempos es, sin duda, una nueva «experiencia de revelación», en la que lo divino de la realidad se nos manifiesta en una forma nueva. No hay nada en la actualidad que esté inspirando una toma de conciencia espiritual en el mundo como el nuevo relato de nuestra historia cósmica. Las religiones necesitan sentir el *kairós* ecológico de esta hora y volverse hacia el cosmos y la naturaleza, para reconocer en ellos nuestra «historia sagrada», y superar el actual divorcio entre ciencia y espiritualidad, entre religión y realidad. Aceptar el desafío de la ecología no es incluir el «cuidado de la naturaleza» entre los imperativos morales; es más: es toda una «reconversión ecológica» de la religión.

Desafíos

No es pues sólo la imagen física del mundo la que ha cambiado, sino todo él: su origen, sus dimensiones, su arquitectura, su complejidad, su sentido...

Ante ese cambio, las religiones, que elaboraron todo su patrimonio simbólico (categorías, teologías, liturgia, dogmas, ritos, mitos...) en el contexto del viejo imaginario, aparecen profundamente anticuadas, pertenecientes a un mundo obsoleto, lejano, que ya no existe ni resulta siquiera imaginable. El lenguaje religioso tradicional pierde sentido y significado, y hasta se hace ininteligible para los jóvenes. Las religiones, que han servido a la humanidad durante milenios para expresar la dimensión más profunda de la existencia, parecería que ya no sirven...

En esta situación, las religiones se sienten a sí mismas desfasadas, e incomprendidas, sin captar con claridad cuál es la causa. Con frecuencia reaccionan defendiéndose, repitiendo y reafirmando intemperantemente su tradición sagrada, sus «verdades reveladas», las «verdades eternas»... cuando lo que deberían hacer sería reinterpretarlas y adecuarlas al lenguaje y a los nuevos paradigmas a los que hemos accedido, abandonando aquellos errores de perspectiva que todos hemos sufrido por la ignorancia de la humanidad a la que nos vimos históricamente sometidos...

Los años 60 del siglo pasado fueron un momento de esperanza y optimismo en el cristianismo en general, cuando parecía abrirse a la posibilidad de una profunda renovación interna, y a una reconciliación con el mundo y con los valores de la modernidad (ciencia, democracia, valor de la persona, libertad religiosa y demás libertades, perspectiva de los pobres, etc.).

Pero esa primavera pronto se vio truncada, ante el temor que producía la conmoción que tal renovación suponía. El miedo venció, y los frenos y retrocesos que desde entonces se han producido, no han hecho sino distanciar más y más a la sociedad respecto al cristianismo institucional. Son decenas de millones las personas que han abandonado la religión en las últimas décadas en Europa, por ejemplo, alegando no poder aceptar una cosmovisión que les resulta superada, buscando su realización espiritual por caminos nuevos. Sólo una profunda reflexión -en el campo de la ecología y en el de los otros varios «nuevos paradigmas»- y una consecuente y valiente renovación teológica reabrirá la esperanza.